

Conozco el hambre, la he experimentado. De niño, al final de la guerra, me cuento entre quienes corren por la carretera junto a los camiones de los americanos, tiendo las manos para alcanzar las tabletas de chicle, el chocolate y los paquetes de pan que nos arrojan los soldados. De niño, tengo tal sed de grasa que me bebo el aceite de las latas de sardinas, lamo con delicia la cuchara de aceite de hígado de bacalao que me da mi abuela para tonificarme. Tengo tal necesidad de sal que me como a manos llenas los cristales de sal gris del tarro de la cocina.

De niño, probé por primera vez el pan blanco. No la hogaza de panadería, ese pan, gris más que moreno, hecho con harina pasada y serrín, que a punto estuvo de matarme cuando tenía tres años. No, éste era un pan cuadrado, de molde, de harina consistente, ligero, fragante, con una miga tan blanca como el papel en el que escribo. Y, mientras escribo, se me hace la boca agua, como si no hubiera pasado el tiempo y me hallara directamente conectado con mi niñez. Me meto en la boca la rebanada de pan esponjoso, vaporoso, y tan pronto me la trago pido más, y más, y si no lo guardara mi abuela en su armario cerrado con llave, podría acabármelo en un instante, hasta ponerme enfermo. Sin duda, no hay nada que me haya satisfecho tanto, no he probado desde entonces nada que haya colma-

do hasta tal punto mi hambre, que me haya saciado como aquello.

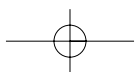
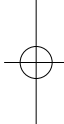
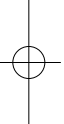
Como el Spam americano. Mucho tiempo después, conservo las latas abiertas con abridor para hacer con ellas barcos de guerra que pinto de gris con esmero. La pasta roja que contienen, ribeteada de gelatina, de sabor levemente jabonoso, me embarga de felicidad. Su olor a carne fresca, la fina película de grasa que deja el paté en la lengua, que cubre el fondo de mi garganta. Con el correr de los años, para los demás, para quienes no han conocido el hambre, ese paté será sin duda sinónimo de horror, de comida para pobres. Volví a encontrármelo veinticinco años después en México, en Belice, en las tiendas de Chetumal, de Felipe Carrillo Puerto, de Orange Walk. Allí lo llaman «carne del diablo». El mismo Spam en su lata azul, con una imagen en la que aparece el paté cortado en lonjas sobre una hoja de lechuga.

También la leche Carnation. Distribuida probablemente en los centros de la Cruz Roja, grandes latas cilíndricas adornadas con el clavel de color carmín. Tomo el polvo blanco a cucharadas llenas, y las lamo, hasta casi asfixiarme. También ahí puedo hablar de felicidad. No hay crema, ni pastel, ni postre alguno que me haya hecho tan feliz. Es una cosa cálida, compacta, apenas salada, que cruje contra mis dientes y encías, un líquido espeso que corre por mi garganta.

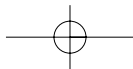
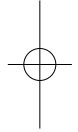
Esa hambre está en mí. No puedo olvidarla. Enciende una intensa luz que me impide olvidar mi infancia. De no ser por esa hambre, a buen seguro habría echado en el olvido aquellos tiempos, aquellos años tan largos, en los que faltaba de todo. Ser feliz es no tener que recordar. ¿Fui infeliz? No lo sé. Simplemente recuerdo haberme despertado

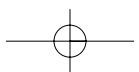
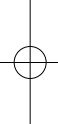
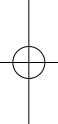
un día, haber conocido por fin el éxtasis de las sensaciones saciadas. Con ese pan demasiado blanco, demasiado suave, que huele demasiado bien, con ese aceite de pescado que corre por mi garganta, esos cristales de sal gruesa, esas cucharadas de leche en polvo que forman una masa en el fondo de mi boca, pegada a mi lengua, con todo eso empiezo a vivir. Salgo de los años grises, entro en la luz. Soy libre. Existo.

Pero en la historia que sigue hablaremos de otra hambre.



I La Casa Malva





Ethel. Está delante de la entrada del parque. Es de noche. La luz es suave, de color perla. Quizás estalle una tormenta sobre el Sena. Ethel sujeta con fuerza la mano del señor Soliman. Aún no ha cumplido diez años, todavía es bajita, a su tío abuelo apenas le llega a la altura de la cadera. Delante de ellos, semejando una ciudad construida en medio de los árboles de Vincennes, se ven torres, minarettes, cúpulas. En los bulevares de alrededor la gente aprieta el paso. De pronto, se desata el aguacero que se avecinaba, y la cálida lluvia levanta un vapor por encima de la ciudad. En un instante se han abierto cientos de paraguas negros. El anciano ha olvidado el suyo. Cuando empiezan a caer goterones, duda. Pero Ethel le tira de la mano y corren juntos a través del bulevar hacia el tejadillo de la puerta de entrada, delante de los coches de punto y de los automóviles. Le tira de la mano izquierda, con la derecha su tío abuelo sostiene el sombrero negro en equilibrio sobre su cráneo puntiagudo. Cuando corre, sus patillas grises se mueven al ritmo y eso le da risa a Ethel y, al verla reír, también él se ríe, y entonces buscan cobijo bajo un castaño.

Es un sitio maravilloso. Ethel nunca había visto, ni soñado, cosa igual. Cruzan la entrada, entran por la puerta de Picpus y bordean el edificio del museo, ante el que se agol-

pa la multitud. Al señor Soliman no le interesa. «Museos siempre podrás ver», dice. Algo le ronda en la cabeza al señor Soliman. Por eso ha querido ir allí con Ethel. Ella ha intentado averiguarlo, lleva días haciéndole preguntas. Qué lista es, le dice su tío abuelo. Sabe tirar de la lengua. «Si es una sorpresa y te lo digo, ¿dónde está la sorpresa?» Ethel ha vuelto a la carga. «Por lo menos dame pistas para que lo adivine.» Después de cenar, él se ha sentado en su sillón a fumarse un puro. Ethel sopla en el humo del puro. «¿Es algo que se come? ¿Se bebe? ¿Es un vestido bonito?» Pero el señor Soliman se mantiene firme. Fuma su puro y se toma un coñac, como todas las noches. Después de eso, Ethel no puede conciliar el sueño. Se pasa la noche dando vueltas y cambiando de lado en la camita de metal, que cruje mucho. No se duerme hasta el amanecer, y le cuesta despertarse a las diez, cuando su madre entra a buscarla para ir a comer a casa de las tías. El señor Soliman todavía no ha llegado. Y eso que el Boulevard du Montparnasse no está lejos de la Rue du Cotentin. Un cuarto de hora andando, y el señor Soliman camina a buen paso. Muy derecho, el sombrero negro embutido en la cabeza, sin tocar el suelo con su bastón de empuñadura de plata. Pese a la algarabía de la calle, Ethel dice que lo oye venir de lejos, por el ruido acompasado de los tacones de hierro de sus botas en la acera. Dice que hace un ruido de caballo. Le encanta comparar al señor Soliman con un caballo, y a él no le disgusta, y de vez en cuando, a pesar de sus ochenta años, se la sube a hombros para dar un paseo por el parque y, como es muy alto, Ethel toca las ramas bajas de los árboles.

Ha dejado de llover, caminan de la mano hasta la orilla del lago. Bajo el cielo gris, el lago parece grandísimo,

curvo, semejante a una marisma. El señor Soliman habla con frecuencia de los lagos y de las ciénagas que viera tiempo atrás, en África, cuando era médico militar, en el Congo francés. A Ethel le gusta hacerle hablar. El señor Soliman sólo le cuenta sus historias a ella. Todo lo que sabe del mundo se lo ha contado él. En el lago, Ethel ve patos y un cisne amarillento, que parece aburrirse. Pasan por delante de una isla donde han construido un templo griego. La gente se agolpa para cruzar el puente de madera y el señor Soliman pregunta, aunque salta a la vista que lo hace sin convicción: «¿Quieres...?». Hay demasiada gente, Ethel tira de la mano de su tío abuelo. «¡No, no, vamos ya a la India!» Recorren la orilla del lago a contracorriente de la multitud. La gente se hace a un lado ante ese hombre alto de abrigo con capote, tocado con su arcaico sombrero, y ante esa niña rubia endomingada con su vestido de nido de abeja y botines. Ethel está orgullosa de pasear con el señor Soliman. Le da la impresión de ir acompañada por un gigante, un hombre que puede abrirse paso en medio de cualquier tumulto con que se tropiece.

La multitud camina ahora en sentido contrario, hacia el extremo del lago. Por encima de los árboles, Ethel divisa extrañas torres, de color cemento. En un cartel, lee con dificultad el nombre:

–Ang... kor...

–¡Vat! –completa el señor Soliman–. Angkor Vat. Es el nombre de un templo de Camboya. Al parecer está muy bien reproducido, pero antes quiero enseñarte una cosa.

Algo se trae entre manos. Además, el señor Soliman no quiere seguir la misma dirección que la multitud. Descon-

fía de los movimientos colectivos. Ethel ha oído decir a menudo de su tío abuelo: «Es un excéntrico». Su madre lo defiende, probablemente porque es su tío: «Es muy buena persona».

La educó con dureza. Al morir su padre, el señor Soliman se hizo cargo de ella. Pero no lo veía con frecuencia, siempre estaba lejos, en el otro extremo del mundo. Su madre le quiere. Quizá lo que más la conmueve es la pasión que el anciano hombretón siente por Ethel. Tiene la impresión de que, al término de una vida solitaria y dura, ha abierto por fin su corazón.

A un lado hay un camino que se aleja de la orilla. No hay muchos paseantes. ANTIGUAS COLONIAS, reza un cartel. Debajo aparecen escritos los nombres, Ethel los lee lentamente:

REUNIÓN
GUADALUPE
MARTINICA
SOMALIA
NUEVA CALEDONIA
INDIA FRANCESA

Allí quiere ir el señor Soliman.

Están en un calvero, a cierta distancia del lago. Unas cabañas con techo de bálago, otras de mampostería, con pilares imitando los troncos de palmera. Parece un pueblo. En el centro, una especie de plaza cubierta con suelo de gravilla donde han dispuesto sillas. Algunos visitantes están sentados, las mujeres con vestidos largos y los paraguas, que ahora sirven de sombrillas, todavía abiertos porque ha hecho su aparición el sol. Los caballeros han extendido

pañuelos sobre las sillas para que absorban las gotas de lluvia.

—¡Qué bonito! —no ha podido por menos que exclamar Ethel ante el pabellón de la Martinica.

En el frontón de la casa (también tipo cabaña) aparecen representadas en alto relieve toda clase de flores y frutas exóticas, piñas, papayas, plátanos, ramos de hibiscos y aves del paraíso.

—Sí, es muy bonito... ¿Quieres que la visitemos?

Pero formula la pregunta como antes, con la misma voz titubeante y, además, no suelta la mano de Ethel y permanece inmóvil. Ésta lo entiende y dice:

—Luego, si quieres.

—De todas formas, no hay nada dentro.

Desde la puerta, Ethel divisa a una antillana con un turbante rojo que mira hacia fuera sin sonreír. Piensa que le gustaría verla, tocar su vestido, hablarle, tiene una expresión tan triste... Pero no le dice nada a su tío abuelo. Éste la lleva al otro extremo de la plaza, hacia el pabellón de la India francesa.

La casa no es muy grande. No atrae a la gente. La multitud pasa sin detenerse, fluye uniformemente, trajes negros, sombreros negros y el leve frufrú de los vestidos de las mujeres, sus sombreros con plumas, frutos, velos. Unos niños rezagados lanzan miradas furtivas en dirección a Ethel y al señor Soliman, que atraviesan la plaza. Se dirigen hacia los monumentos, las rocas, los templos, esas grandes torres que, semejantes a alcachofas, asoman por encima de los árboles.

Ethel ni siquiera ha preguntado qué es aquello. El señor Soliman farfulla una explicación: «Es una reproducción del templo de Angkor Vat; si quieres, un día te llevaré a ver

el de verdad». Al señor Soliman no le gustan las reproducciones, sólo le interesa el original, y nada más.

Se ha detenido ante la casa. Su rostro encendido trasluce una satisfacción plena. Sin decir palabra, estrecha la mano de Ethel y suben juntos los peldaños de madera que conducen a la escalera exterior. Es una casa muy sencilla, de madera clara, rodeada de una veranda con columnas. Las ventanas son altas, cerradas con celosías de madera clara. El tejado casi plano, con tejas barnizadas, está rematado por una especie de torrecilla almenada. Cuando entran, no hay nadie. En el centro de la casa, un patio interior, iluminado por la torre, está bañado por una extraña luz malva. En uno de los lados del patio, un estanque circular refleja el cielo. El agua está tan quieta que, por un instante, a Ethel le ha parecido un espejo. Se ha detenido con el corazón palpitante, el señor Soliman también, la cabeza ligeramente echada hacia atrás para contemplar la cúpula que se yergue por encima del patio. En hornacinas de madera dispuestas en forma de octógono regular, unas barras eléctricas difunden un color etéreo, irreal como un humo, un humo de color hortensia, color de crepúsculo sobre el mar.

Algo tiembla. Algo inacabado, un poco mágico. El hecho de que no haya nadie, sin duda. Como si se hallara en el templo de verdad, abandonado en medio de la jungla, y a Ethel le parece oír el rumor en los árboles, gritos agudos y roncós, el paso afelpado de las fieras en el sotobosque. Se estremece y se aprieta contra su tío abuelo.

El señor Soliman no se mueve. Se ha quedado petrificado en medio del patio, bajo la cúpula de luz, la luz eléctrica le tiñe los ojos de malva y sus patillas semejan llamas azules. Ethel ahora lo entiende: ha sido la emoción de su

tío abuelo lo que la ha hecho estremecerse. El que un hombre tan alto y tan fuerte se quede inmóvil sólo puede obedecer a que esa casa oculta un secreto, un secreto maravilloso y peligroso y frágil, y bastará el menor movimiento para que todo cese.

De pronto el señor Soliman habla como si todo aquello fuera suyo.

—Ahí pondré mi escritorio, ahí mis dos librerías. Ahí mi espineta y, al fondo, las figuras africanas de madera negra, con la iluminación quedarán como allí, y por fin podré extender mi gran alfombra beréber...

Ethel no acaba de entender. Sigue al hombretón mientras éste camina de una estancia a otra, con una impaciencia que nunca le había visto. Por último, regresa al patio y se sienta en los peldaños de la escalera, a contemplar el estanque espejo del cielo, y es como si contemplaran los dos una puesta de sol en la laguna, lejos, en algún otro lugar, en el otro extremo del mundo, en la India, en la isla Mauricio, el país de su infancia.

Parece un sueño. Cuando piensa en ello, la invade el color malva y el disco centelleante del estanque que refleja el cielo. Un humo que viene de tiempos muy lejanos, muy antiguo. Ahora, todo ha desaparecido. Lo que queda no son recuerdos, como si no hubiera sido niña. La Exposición Colonial. Conserva nimiedades de aquel día en que paseó con el señor Soliman por los senderos cubiertos de gravilla.

—Aquí pondré mi vieja mecedora, me sentiré como en la veranda, y cuando llueva veré chapotear las gotas en el agua del estanque. En París llueva mucho... Y criaré sapos, sólo para oírlos anunciar la lluvia...

—¿Qué comen los sapos?

–Mosquitas, mariposas nocturnas, polillas. Hay muchas polillas en París...

–Tendrás que poner plantas también, plantas acuáticas, de las que echan flores malvas.

–Sí, lotos. Mejor ninfeas, los lotos se morirían en invierno. Pero no en el estanque redondo. Tendré otro estanque para los sapos, al fondo del jardín. Éste, el estanque espejo, quiero que esté liso como un plato, para que el cielo se mire en él.

Sólo Ethel podía comprender la idea fija del señor Soliman. Cuando éste vio los planos de la Exposición, eligió de inmediato el pabellón de la India y lo compró. Desechó los proyectos de su sobrino. Ni hablar de edificar en su terreno, descartado tocar un solo árbol. Mandó plantar las paulonias, los cóculos y los laureles de la India. Todo estaba listo para dar cabida a su locura.

–Yo no tengo vocación de propietario.

Para oponerse a los planes de Alexandre, nombró heredera a Ethel. Evidentemente, ella no lo sabía. O tal vez se lo dijera un día. Fue poco tiempo después de su visita a la Exposición. Las piezas desmontadas del pabellón de la India francesa comenzaron a amontonarse en el jardín de la Rue de l'Armorique. Para protegerlas de la lluvia, el señor Soliman las cubrió con una amplia lona fea y negra. Luego llevó a Ethel hasta la empalizada que ocultaba el jardín. Abrió el candado de la puerta y ella vio aquellos negros montones que relucían al fondo del terreno. Se quedó petrificada.

–¿Sabes qué es? –preguntó el señor Soliman con tono ladino.

–La Casa Malva.

Su tío la miró con admiración.

–Pues sí, tienes razón. –Y añadió–: Se llamará la Casa Malva, tú has dado con el nombre. –Le apretaba la mano, y a ella le parecía ya ver el patio, las galerías y la alberca-espejo reflejando el cielo gris–. Será tuya. Sólo tuya.

Pero no volvió a mencionarlo. Claro que el señor Soliman era así. Decía una cosa una vez y no volvía a repetirla.

El señor Soliman esperó mucho tiempo. Quizá demasiado. Quizá prefería soñar con lo que sería, más que hacerlo realidad. Las piezas desmontadas de la Casa Malva seguían tapadas con la lona, al fondo del jardín, y las zarzas empezaban a invadirlas. Pero, por lo menos una vez al mes, el señor Soliman seguía llevando religiosamente a Ethel al terreno. En invierno, los árboles de alrededor se pelaban por completo, pero los que había mandado plantar el señor Soliman aguantaban. El cóculo y los laureles de la India formaban frondas de hojas verde oscuro, que evocaban la linde de una selva más que un jardín urbano. El terreno contiguo pertenecía a un tal señor Conard,* un apellido como ése no se inventa. Era uno de los más antiguos habitantes del barrio, hijo del que abriera la calle en 1887. Se creía investido de autoridad y un día interpelló al señor Soliman:

–He comprobado que el follaje de sus árboles exóticos les hace sombra a mis cerezos entre las doce y las tres de la tarde.

* Conard significa literalmente «gilipollas». (*N. del T.*)

El tío abuelo de Ethel dejó caer esta réplica fulminante:
–Mire, señor mío, váyase usted a la mierda.

Ethel oyó por primera vez esa expresión cuando su padre refirió aquel episodio entre risas. El que el tío abuelo fuese capaz de utilizar un lenguaje de carretero o más bien de soldado (fue el comentario de Alexandre) encantó a Ethel. Sin embargo, sabía que ella no podría pronunciar esas palabras, y menos aún ante quien las había dicho. Pero así debía ser.

Justo antes de que pudieran comenzar las obras de la Casa Malva, el señor Soliman cayó enfermo. La última vez que Ethel fue con él al terreno, vio una cosa extraña. Los hierbajos que habían invadido el jardín estaban cortados al ras, y la lona, despejada de zarzas. Encima de la puerta de madera que daba a la calle, un cartel ostentaba el permiso de edificar. En él se precisaba, Ethel no lo había olvidado: «Construcción de una vivienda de madera de una sola planta». El señor Soliman tuvo que pelearse con su enemigo Conard, quien se oponía a ese proyecto susceptible, según él, de traer termitas a París. Pero el apoyo del arquitecto que hizo los planos del bungalow, un tal Perotin, convenció a la dirección de urbanismo y le concedieron el permiso.

En el solar despejado habían clavado estacas y, entre las estacas, una red de cuerdas trazaba los planos de la casa. Lo que sorprendió a Ethel fueron los trazos de color malva marcados en la tierra. La tiza con la que estaban pintadas las cuerdas había dejado las marcas al tocar éstas la

tierra. El señor Soliman mostró a Ethel cómo se estampaban esos trazos: levantando la cuerda con la punta del bastón y luego soltándola, suena un *izing!* agudo, como el ruido de un arco al distenderse, y un poco de polvo malva se incrusta en la tierra.

Fue la última vez. Ese recuerdo conservó Ethel, como si la suave luz que iluminaba el interior de la Casa Malva hubiera teñido incluso el polvo de tiza estampado en el jardín.

El señor Soliman murió aquel invierno, Ethel acababa de cumplir trece años. Primero se puso enfermo. Se ahogaba. Estaba tumbado cuan largo era en la cama, en la habitación de su piso del Boulevard du Montparnasse. Ethel lo vio muy pálido, el rostro devorado por la barba, los ojos sin expresión, y tuvo miedo. Él hizo una mueca y dijo: «Es difícil morir..., es largo, muy largo». Al volver a casa, repitió a su madre lo que había dicho el señor Soliman. Pero su madre no le explicó nada. Se limitó a soltar un suspiro: «Reza mucho por tu tío abuelo». Ethel no rezó, porque no sabía qué pedir. ¿Que se muriese rápido, o que se curase? Sólo pensó en la Casa Malva, deseando que el señor Soliman tuviese tiempo suficiente para sacarla de debajo de la lona y construirla sobre los trazos.

Pero había llovido mucho en octubre y supuso que los trazos se habrían borrado. Quizás en ese instante comprendió que su tío iba a morir.